



Lorenzo Manuel Silva Amador (7 de junio de 1966) vino al mundo en la maternidad del antiguo hospital militar Gómez Ulla, en Madrid, en el límite entre los distritos de Latina y Carabanchel. Él comparte la teoría de que uno es de allí donde cursa el bachillerato y, por esa circunstancia, se considera más de Cuatro Vientos, aunque ha vivido también en Villaverde y, en distintas etapas, en Getafe. En cualquier caso siempre cerca de su parque del Retiro, del que desde hace años se alejó en busca de nuevos espacios vitales que le llevaron a Viladecans, en la periferia barcelonesa. Se ha convertido así en madrileño intermitente y *foraster* en tierras catalanas, con lo que va camino de cumplir su viejo sueño de ser un poco extranjero en todas partes.

Estudió Derecho en la Universidad Complutense y, tras pasar un año como auditor de cuentas y otros dos de asesor fiscal en una firma multinacional, cuando Cobi y Curro triunfaban como mascotas oficiales de los grandes eventos del 92 él comenzó a trabajar como abogado en el departamento jurídico de una de las grandes compañías del sector energético. Aunque llevaba ya más de una década creando buenas historias, fue estando allí cuando comenzó a despuntar su fama como escritor, un rol que compaginó con el de jurista hasta 2002, año en que dejó que sus conocimientos legales quedasen relegados a sus novelas, aunque no descarta nunca volver al oficio si vienen mal dadas porque sabe que allí siempre habrá trabajo.

Entre los honores que lleva más a gala destaca su nombramiento como Guardia Civil Honorario por su contribución a la imagen del Cuerpo y su título de Socio de Honor de la biblioteca pública de Carabanchel.

Desgranar aquí su producción literaria nos llevaría un buen rato. Desde que iniciara su dedicación a las letras, allá por 1980, ha escrito unos cuantos cientos de relatos y artículos, un puñado de ensayos literarios e históricos, varios libros de poesía (aunque no se siente especialmente orgulloso de ellos ni tampoco poeta), una obra dramática (de muy ingenua factura, dice), un par de libros de viajes y casi 30 novelas. Como la *Wikipedia* da buena cuenta de todas ellas baste nombrar aquí algunos títulos memorables como *La flaqueza del bolchevique* (finalista del Premio Nadal 1997), *Noviembre sin violetas*, *La sustancia interior*, *El urinario*, *El ángel oculto*, *El nombre de los nuestros*, *Carta blanca* (Premio Primavera 2004) o cualquiera de los títulos de la serie policíaca protagonizada por los investigadores Bevilacqua y Chamorro, iniciada con *El lejano país de los estanques* (Premio Ojo Crítico 1998) y a la que siguieron otros relatos merecedores de premios como *El alquimista impaciente* (Premio Nadal 2000), *La niebla y la doncella*, *Nadie vale más que otro*, *La reina sin espejo* o *La estrategia del agua*.

Después de 20 años sin tocar este género su última novela, *Música para feos*, es una de amor. De las más cortas, pero también de las más profundas, Silva confiesa que: «el valor de una obra está en la escasez y en la intensidad». */